

Anne-Marie Widlund-Fantini, Danica Seleskovitch. Interprète et témoin du XXème siècle, Lausanne, Éditions L'Âge de l'Homme, 2007, 237 pp.

Leticia SANTAMARÍA CIORDIA

Universidad de Valladolid

Intérprete infatigable y precursora de la enseñanza en interpretación y traducción, Danica Seleskovitch contribuyó de manera crucial al reconocimiento y al auge de la profesión, primero como intérprete y testigo de excepción de algunos de los acontecimientos más relevantes del siglo XX, y como profesora carismática e investigadora incansable durante la segunda parte de su vida. Seleskovitch fallece en 2001 dejando un vasto legado teórico y didáctico que marca un antes y un después en el campo de la Traductología y de la enseñanza en interpretación de conferencias.

Anne-Marie Widlund-Fantini es intérprete y directora de la unidad francesa de Interpretación en el Parlamento Europeo. Tuvo, además, el privilegio de ser alumna de Seleskovitch durante sus años de formación, un encuentro que reconoce marcó un punto de inflexión en su vida y le ha servido siempre de punto de referencia en su quehacer diario como intérprete. Autora de numerosos artículos sobre interpretación de conferencias y sobre la obra de Danica Seleskovitch, en éste su primer libro Widlund-Fantini rinde homenaje a una vida dedicada a la interpretación, ofreciéndonos un recorrido cronológico compilado en 13 capítulos que nos embarcan en un viaje a lo largo de 80 años del siglo XX.

Los tres primeros capítulos del libro coinciden con los primeros años de la vida de Seleskovitch, que giran en torno a París, Niza, Belgrado y Berlín. De madre francesa y padre serbio, el lector es en seguida consciente del entorno plurilingüe y multicultural en el que se crió, y que preconizaba una vida dedicada a posibilitar el entendimiento entre los hombres.

La autora intercala detalles de la vida de Seleskovitch con un repaso a los acontecimientos políticos y sociales que iban sucediendo en Europa y en el mundo y que contribuirían a forjar el carácter de la futura intérprete.

Con el fin de la Segunda Guerra Mundial, la joven Seleskovitch regresa a Francia para iniciar una formación específica en interpretación de conferencias. El capítulo IV, *Paris, 1945-1950*, nos hace revivir esa etapa. La autora hace un retrato de la Danica adolescente presentándola como una joven inquieta, de carácter vanguardista y espíritu crítico, amante del cine, el deporte y la lectura, pasiones que la acompañarían a lo largo de toda su vida.

Seleskovitch inicia su formación en 1949 en el *Institut des Hautes Études Commerciales* (HEC), la que fuera la primera escuela de intérpretes de París, que abrió sus puertas en 1948 por iniciativa de algunos hombres de negocios conscientes, en aquellos primeros años de posguerra, de la necesidad de formar intérpretes profesionales. El HEC ostentará el monopolio en formación de intérpretes hasta 1951, momento en el que ve la luz el *École Supérieure d'Interprètes et de Traducteurs* (ESIT) de la Universidad de la Sorbona. El prestigio mundial del que goza en la actualidad esta institución de enseñanza debe mucho a la labor de Seleskovitch, primero como docente y más tarde como directora. Su trayectoria en la Universidad se desarrolla ampliamente en el capítulo X, *Danica et l'Université*.

El capítulo V, *Les États Unis*, recuerda el pistoletazo de salida de su carrera profesional. En 1950, con su título de intérprete bajo el brazo, Seleskovitch pone rumbo a Washington como integrante del grupo de intérpretes que debía acompañar a las delegaciones francesas en Estados Unidos durante las denominadas “misiones de productividad”. Los programas de productividad fueron una iniciativa del Plan Marshall gestionada conjuntamente por el Servicio de Análisis Industrial de la Embajada Francesa en Washington y la ECA (*Economic Cooperation Administration*). El objetivo era que estos delegados se empapasen de los métodos de racionalización y aprendieran las condiciones de una modernización exitosa, para, de regreso a su país, aplicarlos e implantar en Francia la *productivity drive* que permitiría relanzar su aparato industrial.

Las misiones de productividad fueron una gran plataforma de formación para muchos intérpretes franceses: de 1949 a 1956 se organizaron más de 500 misiones económicas para los franceses en territorio americano, para las que se formó a más de 130 intérpretes. A su llegada a Washington, y antes de partir en misiones, los intérpretes recibían una formación complementaria en el servicio de relaciones internacionales del Departamento de Estado americano que incluía cursos de perfeccionamiento en interpretación simultánea y consecutiva y cursos de civilización.

Llegados a este punto, la autora hace un alto en el camino para dedicar el capítulo VI, *Danica et ses proches*, a aquellas personas que acompañaron la andadura de Seleskovitch en el plano personal y profesional: sus amigos de la infancia, de la adolescencia y de la madurez, sus colegas de las misiones de productividad y muchos de los intérpretes con los que compartió vocación a lo largo de su vida. Entre todas ellas sobresale la que muchos consideran su alma gemela: Marianne Lederer. Su encuentro en 1958, de viaje a Túnez acompañando a una delegación de americanos, determinaría para siempre el rumbo de las dos mujeres, que a partir de ese momento discurriría siempre de la mano. De este primer encuentro surgirá una sólida amistad y cuarenta años de fructífera actividad investigadora que no cesará hasta la muerte de Seleskovitch en 2001.

Seleskovitch regresa a Europa en 1953. La calidad de su trabajo, fruto de sus cualidades como intérprete y de la valiosa experiencia adquirida en Estados Unidos, no pasa desapercibida. El capítulo VII, *Retour en Europe*, narra su experiencia en Luxemburgo como intérprete de la CECA, institución que vio la luz con la firma del Tratado de París en 1951. Fue precisamente durante sus tres años como intérprete en el seno de esta institución, para muchos la “semilla” de la actual Unión Europea, cuando Seleskovitch se convenció de que la interpretación hacia una lengua extranjera nunca podría igualar en calidad a una interpretación hacia la lengua materna, convicción que mantendría toda su vida.

Seleskovitch acompañó a Jean Monnet en su sueño por crear una Europa unida, y forma parte del grupo privilegiado de intérpretes que vivieron el momento histórico de la creación europea. A lo largo de su vida Seleskovitch se convertirá en una habitual de los organismos internacionales, y con el tiempo asumirá el rol de intérprete-asesor, actuando de enlace entre las instituciones y los intérpretes y encargándose de la selección de profesionales para sus reuniones. A principios de los 70 crea incluso su propia estructura de organización de equipos de intérpretes, llamada "InterSim", y, más tarde, junto a otros colegas, el Estudio *Cuvier*, una asociación que agrupaba intérpretes-asesores y que pretendía reforzar el papel de éstos en la organización y preparación del plano lingüístico de las reuniones internacionales, así como mejorar las condiciones de trabajo de los intérpretes de conferencias, aumentar la calidad de la interpretación y defender los intereses legítimos de sus miembros.

El capítulo VIII, *Les années soixante*, recorre los años del éxito profesional, de la consagración del ESIT como el centro de formación de traductores e intérpretes más reputado del mundo y de la publicación en 1968 de su primer libro, *L'interprète dans les conférences internationales, problèmes du langage et de la communication*.

Convencida de que no puede haber didáctica en el vacío teórico, Seleskovitch insistió toda su vida en la necesidad y el beneficio de que los profesionales de la interpretación teorizaran sobre su profesión y plasmaran por escrito sus ideas, elaborando teorías que permitieran sistematizar métodos pragmáticos.

Tras la publicación de su libro, inicia un doctorado en la Sorbona que resulta en una tesis doctoral sobre la toma de notas en interpretación consecutiva, defendida en 1973 y publicada en 1975 con el título *Langages, langues et mémoire*. En esos años viaja por todo el mundo, impartiendo conferencias en África, India, Sri-Lanka, Tailandia, Japón, las Antípodas, Brasil, Méjico, etc.

La faceta investigadora de la intérprete es el tema central del capítulo IX, *La recherche*. Widlund-Fantini repasa las grandes líneas del pensamiento de Seleskovitch y sus principales aportaciones a la Traductología. Su tesis doctoral será el motor de arranque de su actividad investigadora sobre la memoria y el lenguaje, y el punto de partida de numerosas publicaciones.

Del tándem Seleskovitch-Lederer nacerá a finales de los años 70 la Teoría interpretativa de la Traducción, antes llamada Teoría del Sentido, que se aparta de la lingüística tradicional y defiende que la reformulación de un mensaje requiere un ejercicio previo de desverbalización de la forma lingüística. Esta noción de desverbalización -según la cual el análisis cognitivo que forma parte del proceso de traducción-interpretación iría hasta una fase no verbal-, es la más contestada por los detractores de esta teoría, que argumentan que si únicamente tenemos en cuenta el sentido en conjunto del texto o discurso estaremos simplificando demasiado las cosas y pasando por alto demasiados detalles y matices semánticos.

Seleskovitch trasladó a las aulas del ESIT los postulados de la Teoría Interpretativa. Su experiencia docente se detalla en el capítulo X, *Danica et l'Université*.

Convencida de que la técnica de la interpretación no es innata y puede adquirirse, Seleskovitch insistió siempre en la necesidad de una formación seria, consciente de que el

reconocimiento de la disciplina y de la profesión de intérprete pasaba por el reconocimiento de las instituciones de enseñanza, que debían velar por la formación de personal capacitado. Con vistas a la consecución de este objetivo, en 1956 se afilia a la Asociación Internacional de Intérpretes de Conferencia (AIIC), fijando normas estrictas, promoviendo una formación de calidad y defendiendo la deontología profesional.

En 1957, cuando aterriza en la Sorbona, Seleskovitch asume las riendas de la sección de interpretación y lleva a cabo una profunda remodelación del entonces denominado *Institut des Hautes Etudes d'Interprétiariat*, que pasa a llamarse *École Supérieure d'Interprètes et de Traducteurs* (ESIT).

La enseñanza de la interpretación de conferencias y la formación sólida de jóvenes intérpretes se convierte en una de sus grandes pasiones. *Oubliez les mots! Yes ne veut pas dire oui! We ne veut pas dire nous!* Era su manera poco ortodoxa de dar la bienvenida en clase a los futuros intérpretes, instando desde el primer día a sus pupilos a no ceder a la tentación del calco.

Desde mediados de los años 70, Seleskovitch decide dedicarse prácticamente a tiempo completo a sus labores de investigación y docencia. En esta década se multiplican en Europa y América las conferencias y simposios sobre lingüística, traducción, interpretación, comunicación humana y multilingüismo en general. La intérprete pronto se consagra como uno de los grandes personajes de la Traductología (en aquella época denominada “ciencias de la traducción”).

Consciente de que la comunicación humana no se reduce a las lenguas orales, desde 1976 empieza a interesarse por la lengua de signos francesa (LSF), interés que da sus frutos en 1992 con la implantación de una formación en interpretación en lengua de signos, y en la actualidad el ESIT ofrece un máster en interpretación LSF-francés.

Los capítulos XII y XIII, *La dernière décennie*, y *La Yugoslavie: une mort annoncée...* se interesan por los sentimientos de Seleskovitch hacia la patria de su padre, con la que mantuvo toda su vida un sólido vínculo a pesar de que siempre admitió sentirse francesa. Comprometida y defensora del pueblo serbio cuando se le acusó de ser el único responsable en los conflictos yugoslavos, llegó incluso a crear en 1993 la asociación *Danica, Association des Intellectuels pour la Serbie et le Monténégro*.

Durante los últimos años de la década la comunidad internacional ve agravarse la crisis entre Serbia y el resto del mundo, y en 1999 el conflicto yugoslavo se extiende a Kosovo. El capítulo XIII cede la voz del relato a Seleskovitch, que denuncia la dura realidad de los civiles a través de unas cartas escritas durante un viaje humanitario a la República serbia de Bosnia en mayo de 1997.

Sus inquietudes intelectuales no cesan con la vejez. Incluso ya retirada de la actividad continúa investigando, interesándose por las tesis doctorales en curso (dirigió en torno a 25 a lo largo de su vida) y participando de manera esporádica en seminarios y conferencias en Francia y en el extranjero.

El epílogo final sitúa el relato en el cementerio parisino de Pantin, en un bello homenaje personal de la autora a una de las grandes personalidades del mundo de la interpretación y la traducción.

La obra es una oportunidad para conocer los inicios y progresos de la interpretación de conferencias, y nos hace partícipes de la batalla de sus protagonistas por el reconocimiento de la disciplina. El repaso a los acontecimientos más relevantes del siglo XX nos ayuda a entender los avatares de una profesión que ha ido siempre ligada a la actualidad internacional.

En el terreno pedagógico, los métodos innovadores de Seleskovitch y su creatividad en el aula son un modelo para el docente e invitan a desdramatizar entre el alumnado la actividad de interpretar, enfocándola como un ejercicio natural de comunicación que garantiza el derecho a expresarse en su propio idioma y a entender perfectamente lo que otros quieren expresar.